

# **HUÉSPED DE UNA NOCHE**

**Heather Gudenkauf**

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

# CAPÍTULO 1

*Agosto de 2000*

EL 12 DE AGOSTO DE 2000, Abby Morris, sin aliento y con un hilo de sudor que le corría por la sien, hacía su caminata nocturna por el camino de grava que parecía una franja gris. Pese a que llevaba una camisa de mangas largas, pantalones y una buena capa de repelente de insectos, los mosquitos coronaban su cabeza en busca de piel para picar. Agradecía la luz de la luna y la compañía de Pepper, su labrador negro. A Jay, su esposo, no le parecía prudente que caminara de noche, pero después de trabajar todo el día, buscar al bebé en la guardería y lidiar con las tareas de la casa, el horario de nueve y media a diez era el único que sentía como propio.

No era temerosa. Había crecido andando por caminos como ese. Caminos rurales polvorientos, de grava o de tierra, rodeados de campos de maíz. En los tres meses que llevaba allí, nunca se había cruzado con nadie en sus caminatas nocturnas, y eso le gustaba.

—¡Rosco, Rosco! —llamó una voz femenina en la distancia. Alguien estaba llamando a su perro para que entrara, pensó—. ¡Roo-sss-coo! —La palabra tenía una cadencia cantarina y una nota de irritación.

Pepper jadeaba mucho y casi arrastraba la lengua rosada y gruesa por el suelo.

Abby aceleró el paso; le faltaba poco para alcanzar el punto que marcaba la mitad de su circuito de cinco kilómetros, donde la grava se juntaba con un camino de tierra casi devorado por los maizales. Giró a la derecha y se detuvo abruptamente. Aparcada junto al camino, a unos cuarenta metros de allí, había una camioneta. Un cosquilleo de inquietud trepó por su espalda y el perro la miró, expectante. Lo más probable era que alguien con una cubierta desinflada o un problema en el motor hubiera dejado el vehículo allí momentáneamente, dedujo.

Retomó el paso y un velo de nubes como plumas cruzó delante de la luna, sumiendo el cielo en una súbita oscuridad que no le permitía ver si había alguien dentro del vehículo. Incluyó la cabeza esperando oír el ronroneo de un motor, pero lo único que se escuchaba era la respiración húmeda de Pepper y una serenata de zumbidos, como de motosierras, producidos por miles de cigarras.

—Vamos, Pepper —dijo Abby en voz baja, y dio unos pocos pasos hacia atrás. El labrador continuó avanzando con el hocico contra el suelo, siguiendo un sendero zigzagueante que llevaba directo a las ruedas de la camioneta—. ¡Pepper! —gritó, tajante—. ¡Ven aquí!

Ante la intensidad de la voz de Abby, el perro levantó la cabeza de inmediato, renunció al rastro que estaba siguiendo y de mala gana regresó a su lado.

¿Había movimiento detrás del parabrisas oscuro? Ella no podía asegurarlo, pero tampoco lograba quitarse la sensación de que alguien la observaba. Las nubes se disiparon y vio una silueta apoyada sobre el volante. Un hombre. Llevaba una gorra y, a la luz de la luna, Abby atisbó una cara pálida, una nariz algo descentrada y una barbilla afilada. Estaba sentado allí, inmóvil.

La brisa cálida trajo un murmullo desde los campos y le

levantó el pelo de la nuca. Oyó unos crujidos ásperos hacia su derecha. Pepper tenía el pelo erizado y soltó un gruñido grave.

—¡Vámonos! —dijo Abby. Retrocedió unos pasos, luego giró y corrió hacia su casa.

00.05 horas

El sheriff John Butler estaba en la terraza de madera desven-  
cijada de su patio trasero; las tablas de madera se movían y  
crujían bajo sus pies descalzos. Las casas linderas estaban a  
oscuras; los vecinos y sus familias, sumidos en un sueño pro-  
fundo. ¿Por qué se quedarían despiertos? Tenían al sheriff de  
vecino. No había nada de que preocuparse.

Respiraba con dificultad. El aire de la noche era caliente y  
denso, le pesaba en el pecho. La luna llena de agosto colgaba  
gorda y baja, amarilla como el polen de las abejas. ¿Se la lla-  
maba luna del esturión o del ciervo? No podía recordarlo.

Los últimos siete días habían sido tranquilos. Demasiado  
tranquilos. No había habido robos ni accidentes graves, ni  
explosiones de laboratorios caseros de metanfetaminas ni de-  
nuncias de violencia doméstica. El condado de Blake no era  
un hervidero de ilegalidad. Pero tenían su cuota de crímenes  
violentos. Solo que esa semana no había ocurrido nada. Los  
primeros cuatro días se sintió agradecido por ese alivio tem-  
poral, pero después comenzó a resultarle raro, inquietante.  
Por primera vez en sus veinte años como sheriff, Butler pudo  
ponerse al día con sus papeles.

—Deja de buscar problemas —dijo una voz suave.

Janice, su esposa desde hacía treinta y dos años, deslizó un  
brazo alrededor de su cintura y apoyó la cabeza en su hombro.

—No hay peligro de que eso suceda —dijo Butler con una  
risita—. En general, los problemas me encuentran mí.

—Entonces, vuelve a la cama —dijo Janice, jalando de su  
mano.

—Enseguida voy.

Janice se cruzó de brazos y lo miró, seria. Él levantó la mano derecha.

—Cinco minutos, te lo prometo.

A regañadientes, Janice entró en la casa.

Butler deslizó su palma callosa sobre la astillada barandilla de cedro. Tenía que rehacer toda la terraza. Levantarla por completo y reconstruirla. Quizá mañana iría a la tienda Lowe's en Sioux City. Si las cosas seguían así, tendría tiempo de sobra para reconstruir la terraza. Ahogando un bostezo, entró en la casa, corrió el cerrojo y caminó pesadamente por el pasillo para llegar a su cama y a Janice. “Otra noche tranquila”, pensó. “Lo mejor sería disfrutarla mientras dure”.

00.30 horas

El ruido de un estallido de globos despertó a Deb Cutter de su sueño profundo. Un estallido, luego otro. Tal vez eran niños jugando con cohetes que sobraron del 4 de Julio.

—Randy —murmuró. No obtuvo respuesta.

Deb buscó a su esposo con la mano, pero la cama estaba vacía, el cubrecama estaba intacto y frío. Salió de entre las sábanas, fue hacia la ventana y corrió la cortina. La camioneta de Randy no estaba aparcada en el lugar de siempre junto al cobertizo de ordeño. Tampoco se veía la de Brock. Miró el reloj. Era pasada la medianoche.

Su hijo de diecisiete años se había convertido en un desconocido. Su dulce niño siempre había tenido una veta salvaje, que ahora se había tornado violenta. Seguramente estaría cometiendo alguna fechoría. Brock había nacido cuando ellos tenían dieciocho años y apenas podían cuidarse a sí mismos, mucho menos hacerse cargo de un bebé.

Deb pensaba que Randy era severo con él. Demasiado estricto por momentos. De pequeño, bastaba con una mirada dura y una palmada para mantenerlo bajo control, pero esos días habían quedado atrás. Lo único que parecía dar resultado ahora era un

manotazo en la cabeza. Deb debía admitir que a lo largo de los años Randy se había pasado de la raya un par de veces y le había hecho sangrar la nariz y le había provocado magullones y partido los labios. Pero, luego, él justificaba su rudeza; decía que la vida no era fácil, y que cuanto más rápido Brock lo comprendiera, mejor.

Randy... tan distante, tan ocupado últimamente. No solo porque ayudaba a sus padres con su campo, sino porque también estaba restaurando otra casa de campo vieja con media docena de cobertizos deteriorados y un chiquero cubierto, y a la vez trataba de ocuparse de sus propios cultivos. Casi no lo veía durante el día.

Deb trataba de contener el rencor, pero se le atascaba en la garganta. Obsesionado. Así estaba Randy. Obsesionado con la renovación de esa vieja granja, obsesionado con el campo. Todo siempre se trataba del campo. Era probable que la economía se fuera a pique y terminarían atados a dos propiedades que no estaban en condiciones de pagar. No podría soportar la situación durante mucho más tiempo.

Escuchó otra explosión en la distancia. Malditos chicos, pensó. Completamente desvelada, permaneció mirando el ventilador de techo que giraba lentamente sobre ella y esperó a que su esposo y su hijo volvieran a casa.

01.10 horas

Al principio, Josie Doyle, de doce años, y su mejor amiga, Becky Allen, corrieron hacia las explosiones. Lo lógico habría sido volver a la casa, donde se encontraban su madre, su padre y Ethan. Estarían a salvo allí. Pero, para cuando Josie y Becky descubrieron su error, ya era demasiado tarde.

Dándoles la espalda a los ruidos, tomadas de la mano, atravesaron corriendo el corral oscuro hacia el maizal: ese bosque alto y desgarbado de tallos era el único sitio donde estarían a salvo.

Josie estaba segura de haber escuchado pasos detrás de ellas

y se volvió para ver qué era lo que las perseguía. Nada, no había nadie, solo la casa bañada por las sombras de la noche.

—¡Date prisa! —jadeó Josie, empujando de la mano a Becky, instándola a seguir.

Corrieron con la respiración entrecortada. Casi llegaban. Becky se tropezó. Gritó y su mano se soltó de la de Josie. Sus piernas se doblaron y cayó de rodillas.

—¡Levántate, levántate! —le rogó Josie, jalando de su brazo—. ¡Por favor! —Se atrevió a mirar hacia atrás una vez más. Un fragmento de luz de luna dejaba entrever apenas una forma que salía del granero. Vio con espanto cómo la figura levantaba los brazos para apuntar. Soltó el brazo de Becky, se volvió y corrió. Solo un poco más... ya casi llegaba.

Josie entró en el maizal justo cuando sonó otro disparo. Un dolor agudo le atravesó el brazo y la dejó sin aliento. No se detuvo, no aminoró su marcha; aunque la sangre caliente chorreaba sobre la tierra compacta, siguió corriendo.

# **TIEMPO DE LOBOS**

**Jen Williams**

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS



# CAPÍTULO 1

*Antes*

LA LUZ DEL HUECO DE la puerta caía sobre el rostro del chico y, por primera vez, este no le dio la espalda. Sentía los brazos y las piernas demasiado pesados, el collar alrededor del cuello demasiado sólido, demasiado ajustado. Además, darle la espalda tampoco lo había salvado en ocasiones anteriores.

La figura recortada en la luz se detuvo, como si notara este cambio de hábito, luego se arrodilló para desatar la correa de cuero con movimientos potentes, abruptos. El collar cayó y ella inmovilizó la cabeza del chico sujetándole un puñado de pelo negro cerca de las raíces.

Años más tarde, él no sabría decir qué fue distinto aquella vez. Estaba famélico y cansado, le pesaban los huesos y tenía la piel magullada; creía que cada centímetro de su cuerpo estaba resignado a la realidad de su existencia, pero en aquella ocasión, cuando los dedos de ella le retorcieron el pelo y las uñas se le clavaron en el cuero cabelludo, algo en él se *despertó*.

—Eres un animalito —dijo ella con tono distraído. Ocupaba la entrada del armario, bloqueando casi toda la luz—. Una bestia sucia. Apeostas, ¿lo sabes? Mugriento de mierda.

Tal vez en el último momento ella llegó a darse cuenta de lo que había despertado, porque por una fracción de segundo un brillo de alguna emoción le dio vida a su rostro pálido y pastoso; vio algo en los ojos de él, quizá una expresión desconocida para ella, y el chico captó claramente la mirada de pánico que ella le dirigió al collar.

Pero fue demasiado tarde. Él se puso de pie de un salto, con la boca abierta y las manos como garras. Ella saltó hacia atrás gritando. La escalera estaba directamente a sus espaldas —él lo recordaba vagamente, de aquella vez anterior a lo del armario— y ambos rodaron hacia abajo; el chico aullaba y la mujer gritaba. Ese momento de caída fue muy breve, pero durante años él recordaría varias impresiones fuertes: el dolor ardiente cuando ella le arrancó un mechón de la sien, la sensación abismal de caer al vacío y el delirio salvaje de rasguñarle la piel con sus garras. Sus uñas.

Cayeron al suelo. Se hizo el silencio. No había, comprendió el chico, nadie más en la casa; nada de gritos, ni dedos largos, ni de alarmantes destellos rojos. La mujer, su madre, estaba tendida debajo de él hecha un conjunto de ángulos extraños, con el cuello extendido como si estuviera tratando de calmarlo. El brazo derecho se le había roto en la mitad del antebrazo y un hueso, asombrosamente blanco contra la piel grisácea, apuntaba hacia la ventana. La manga de la bata amarilla que vestía se le había enganchado en él.

—¿Meh?

Un delgado hilo de sangre le salía de la nariz y de la boca, y sus ojos —verdes, como los de él— estaban fijos en un punto sobre su cabeza. Con cuidado, le cubrió la boca y la nariz con la mano y presionó, observando fascinado como la piel se deslizaba y se arrugaba. Presionó con más fuerza, cargando todo el peso sobre el brazo y sintió que los labios de ella se aplastaban contra sus dientes, se rasgaban y...

Se detuvo. Necesitaba salir.

Era una mañana fría y gris, supuso que de otoño. La luz le dañaba los ojos, pero no tanto como esperaba. De hecho, sentía que la absorbía mientras observaba el paisaje inhóspito y el cielo con una creciente sensación de paz. Allí estaba el bosque; había jugado en él una vez, y las hojas se estaban coloreando de rojo y castaño. Allí estaban los campos, oscuros por la reciente lluvia, y también los viejos edificios anexos que su padre había dejado que se deteriorasen. En alguna parte más allá de ellos había un camino asfaltado, pero era una caminata larga desde donde se encontraba. El cuerpo de su madre, que había arrastrado hasta el césped cubierto de malezas, ya se veía más hermoso: fuera de la casa ella parecía distinta. La tomó de los tobillos y la arrastró unos metros más, cruzando el camino de tierra hasta el campo en barbecho del otro lado.

—Aquí.

Abrió la boca para decir algo más, pero no pudo hacerlo. La hierba mojada enmarcaba el cuerpo de su madre y le hacía de colchón; podía sentir la vida que bullía allí dentro: pequeñas moscas y escarabajos, la viva curiosidad de las lombrices. El chico se puso de rodillas junto a ella y sintió que se le llenaba el cuerpo de una ira tan llana y tan enorme que era como un paisaje en su interior, una furia que llegaba a todos sus rincones. Por unos minutos, se disoció de sí mismo y solo pudo ver esa ira plana, roja y oír el ruido de truenos. No volvió en sí hasta que una tosecita cortés a sus espaldas le hizo dar un respingo. Tenía los brazos ensangrentados hasta el codo y la boca pastosa con sabor a cobre. Tenía cosas entre los dientes.

—¿Qué es esto? ¿Qué tenemos aquí?

Había un hombre en la hierba, alto y anguloso. Llevaba sombrero y observaba al chico con una especie de curiosidad amable, como si se hubiera topado con alguien que estaba construyendo una cometa o jugando a golpear castañas. El chico se quedó completamente quieto. El hombre no era de la casa, pero eso no significaba que no lo fuera a castigar. Claro

que lo castigarían. Bajó la vista para ver lo que le había hecho a su madre y se le oscureció la visión periférica.

—Bueno, bueno. No te pongas así.

El hombre dio un paso adelante y por primera vez el chico vio que tenía un perro, un perro enorme, peludo, negro. El animal despedía vaho en el frío aire matinal y lo observaba con ojos castaño amarillento.

—¿Sabes?, había olvidado por completo que los Reave tenían un chico, pero aquí estás. Aquí estás, después de todo.

El chico abrió la boca y la volvió a cerrar. Los Reave, los Reave eran su familia y se enfadarían con él.

—Y qué pedazo de criatura eres. —El chico se estremeció recordando cómo su madre lo había llamado, *animal*, *bestia* e *inmundo*, pero el hombre parecía contento, y cuando el chico levantó la vista, estaba moviendo la cabeza suavemente—. Creo que debes venir conmigo, mi pequeño lobo. Mi pequeño *barghest*.\*

El lobo abrió la boca y soltó una lengua larga y rosada. Al cabo de un instante, comenzó a lamer la sangre de la hierba.

---

\* Criatura mítica del norte de Inglaterra, sobre todo en Yorkshire, que aparece en forma de perro monstruoso y es un presagio de muerte u otro infortunio. (*N. de la T.*)

## CAPÍTULO 2

CANSADA, CON FRÍO Y SIN ánimo para trivialidades incómodas, Heather se obligó a sonreír con expresión cortés. Un instante después se arrepintió y cambió la expresión con la misma deliberación: sonreír demasiado en un momento así sería visto como inadecuado y ya era plenamente consciente de que era tan bienvenida como un excremento en una piscina.

—Gracias, señor Ramsey, por esperarme. Es muy amable de su parte.

El señor Ramsey la fulminó con la mirada.

—Pues si hubieras venido por aquí más a menudo, habrías tenido tu propio juego de llaves de la casa de tu madre. —Respiró ruidosamente, transmitiendo en un único sonido bronquial todo lo que opinaba sobre Heather Evans—. Tu pobre madre. Es... es todo muy triste, sin duda. Muy triste. Una situación terrible en todos los sentidos.

—Sí, lo es. —Heather hizo sonar las llaves en la mano y contempló los arbustos y los árboles altos que ocultaban la casa de su madre desde el camino—. No quiero entretenerlo más, señor Ramsey.

Él se puso rígido al escucharla y las bolsas debajo de sus ojos se tornaron de un gris un poco más oscuro. Heather

no dijo nada, dejó que el silencio se desparramara por la mañana nublada, y enseguida vio que él trataba de decidir si decirle lo que pensaba. Pero al final, él se volvió y regresó a su propia casa.

Heather permaneció en el lugar unos instantes más, respirando hondo y escuchando el silencio. Balesford era un vecindario residencial amplio, con casas separadas y cercas altas, rostros extrañamente similares y el mismo acento por todas partes. Teóricamente, era parte de Londres, enclavado como estaba en el límite con Kent, pero una parte muy anémica: sin color, sin vida.

Suspiró y agitó las llaves antes de inspirar con fuerza y dirigirse a la verja, semioculta por los frondosos arbustos perennes. Del otro lado había un pulcro jardín con macizos de flores demasiado grandes y un sendero de grava que llevaba a la casa. No tenía nada de especial ni de raro y, sin embargo, Heather sintió que se le contraía el estómago mientras subía por el sendero. No era una construcción cálida, nunca lo había sido; el yeso tosco, enguijarrado, sombrío, se fundía con las ventanas desnudas para sugerir un lugar cerrado, que siempre había estado así. La puerta estaba pintada de un color magnolia apagado y en el suelo, junto a ella, había una maceta de terracota redondeada. Estaba llena de tierra negra y en la superficie anaranjada, lisa, alguien había rayado un corazón con líneas irregulares y superpuestas. Heather miró la maceta con cierta sorpresa; su madre nunca le había parecido alguien a quien le gustase lo rústico; además, ¿por qué estaba vacía? Su madre nunca dejaba las cosas sin terminar, lo que, puestos a pensar en cómo había terminado todo, resultaba bastante curioso. Por un largo y tembloroso instante, Heather creyó que se echaría a llorar, allí, en el escalón de entrada, pero se pellizcó rápidamente el brazo y las lágrimas retrocedieron. “No hay tiempo para eso”. En el umbral había unas plumas, de alguna paloma, sin duda. Heather hizo una

mueca y las alejó con la punta de la zapatilla deportiva; tomó luego la llave correcta del manojó.

Entró en un vestíbulo cargado de silencio y polvo; cuando abrió la puerta, algunas cartas y una pila de correo basura se desparramaron por el suelo. Era media mañana, pero el cielo plomizo de septiembre y los árboles altos de afuera mantenían el lugar cargado de sombras. Se apresuró a encender todas las luces que vio, y parpadeó cuando una recargada pantalla cobró vida en tonos pastel.

La sala de estar estaba ordenada y polvorienta. No había tazas sucias ni libros a medio leer sobre el sofá. Sobre el respaldo de una silla se veía un viejo abrigo rojo de lana gruesa en cuyas mangas se habían formado bolitas. La cocina estaba en estado muy similar; todo limpio y en su lugar. Su madre, observó Heather, hasta había dado la vuelta a la hoja del calendario para que mostrara el mes de septiembre, aun sabiendo que no llegaría al resto del mes.

—¿Qué sentido tenía, mamá?

Dio suaves golpes con los dedos en las páginas satinadas, y se fijó en que no había nada escrito en las cuadrículas, ni una sola nota que dijera “cancelar lechero/suicidarme”.

Heather subió pesadamente las escaleras; la alfombra gruesa ahogaba el ruido de sus pasos. El dormitorio principal estaba pulcro como el resto de la pequeña casa. El tocador de su madre estaba ordenado y limpio, con frascos de crema y de perfume en hileras como soldados. Junto a un espejo de mano antiguo había un par de cepillos. Heather se sentó y los contempló. Aquí su madre había mostrado más descuido, menos minuciosidad. Había pelos atrapados entre las cerdas, rubios con alguna cana hirsuta ocasional.

“Materia orgánica”, pensó Heather. No sabía por qué, pero la frase pareció asentársele en el pecho, pesada y venenosa. “Dejaste materia orgánica, mamá. ¿Fue intencionado?”.

El único objeto fuera de lugar sobre el tocador era una

bola de papel algo amarillento, cubierto de una letra apretada. Para desviar su atención de los cepillos, Heather la tomó y la alisó, esperando encontrar uno de sus propios artículos; su madre no mantenía contacto frecuente con ella, pero estaba segura de que seguía con ojo crítico la carrera de su hija. Sin embargo, vio enseguida que era la página de un libro, posiblemente uno antiguo, a juzgar por la textura del papel y la tipografía. Había una anticuada xilografía que al principio no logró descifrar: mostraba lo que parecía ser una cabra, o tal vez un cordero, de pie encima de otro animal. ¿Un perroo un lobo, tal vez? El abdomen del lobo había sido abierto y cabras más pequeñas estaban introduciendo piedras grandes dentro de la abertura sospechosamente limpia. Los ojos de Heather se posaron sobre el texto, que le informó que cuando el lobo despertó, sintió sed y fue a la orilla del río a beber...

Era la página de un libro de cuentos de hadas, pero no tenía ni la menor idea de lo que había estado haciendo su madre con él. A Colleen nunca le habían gustado los cuentos antiguos y macabros; la hora de los cuentos, cuando Heather había sido niña, había consistido en una dieta estricta de ponis felices y niñas en internados. La página la hizo sentir incómoda: la extraña ilustración, la forma en la que había sido arrugada y abandonada sobre la mesa. ¿Habría querido su madre que la viera?

—Quién sabe qué estabas pensando, ¿verdad? Debiste de haber... debiste de haber perdido la razón, no lo sé...

De pronto, la habitación le resultó demasiado cerrada y sofocante; el silencio, demasiado ensordecedor. Heather se puso de pie, se tropezó con el tocador e hizo caer un frasco de perfume, que se destapó y la sobresaltó aún más.

—Mierda.

La fragancia, floral y espesa, inundó la habitación. Le hizo pensar en la sala mortuoria, específicamente en la sala de espera, en la que había habido varios arreglos florales de buen



gusto, como si eso pudiera distraerla de lo que estaba por ver. Meneó la cabeza. Era importante no concentrarse en eso, le había dicho Terry, su compañero de apartamento. No pienses en el olor, no pienses en el viento que golpea los acantilados desiertos y, por favor, no pienses en el efecto particular que una caída al vacío tendrá sobre la *materia orgánica* de un cuerpo...

—Mierda. Necesito aire.

Empujó la bola de papel dentro de una gaveta donde no pudiera verla y bajó las escaleras. Cuando se dirigió a la puerta trasera, el sonido del timbre resonó por la casa.

De inmediato, la sensación de opresión en el pecho fue reemplazada por fastidio. Seguro que era alguien que vendía algo, pedía contribuciones para alguna obra de caridad o quería hablar sobre Dios. O tal vez era el maldito señor Ramsey. Se dirigió a la puerta, saboreando de antemano la expresión en el rostro del vecino cuando le dijera “¿No ve que estoy de duelo, con qué derecho viene a...?”, y se sorprendió al encontrarse en el umbral con una mujer mayor, alta, bien vestida. No llevaba papeles ni caja de donaciones en las manos, sino una fuente de comida con tapa, y en el rostro, una expresión compasiva.

—Eh... ¿qué necesita?

—¿Heather? Pero claro que eres tú.

La mujer sonrió y Heather sintió que su fastidio se disolvía por completo. Llevaba el cabello canoso muy corto, en un estilo que no favorecería a la mayoría de las personas, pero tenía buenos pómulos y un rostro alargado y atractivo. Heather no podía adivinar su edad; claramente era bastante mayor, más que su madre, pero tenía pocas arrugas en la piel, y ojos grises enérgicos y límpidos. “Mary Poppins”, pensó distraída. “Me recuerda a Mary Poppins”.

—Soy Lillian, vivo más arriba, querida. Solamente quería pasar y asegurarme de que estuvieras bien. —Levantó la fuente, por si Heather no la había visto—. ¿Puedo dejar esto en algún sitio?

Heather dio un salto hacia atrás para despejar la entrada.

—Disculpe. Claro que sí, pase.

La mujer avanzó con confianza por el corredor en dirección a la cocina; daba la impresión de que conocía la casa.

—Es solo un guiso —anunció mientras dejaba el recipiente sobre la encimera—. Cordero, zanahorias, cebollas y esas cosas. No eres vegetariana, ¿verdad, querida? No, eso pensaba. Simplemente caliéntalo en el horno suave. —Al ver la expresión en el rostro de Heather, volvió a sonreír—. Sé lo que pasa cuando tienes que enfrentarte con algo así. Es muy fácil olvidarse de comer bien y eso no ayuda para nada. No dejes de comer algo caliente todas las noches. Colleen era una amiga querida. Se arrancaría los pelos si supiera que podrías venirte abajo por todo esto.

Heather asintió, tratando de seguirle la conversación.

—Es muy amable por pensar en mí... eh... Lillian. ¿Conocía bien a mi madre? A Colleen, digo. ¿Dijo que vivía por aquí? Se habrá mudado en los últimos años, ¿no es así? —Estaba tratando de recordar a Lillian de su infancia o de las pocas visitas que había hecho de adulta, pero no lograba ubicarla.

—Vivo a la vuelta de la esquina. —La mujer estaba observando la cocina, como notando cada mota de polvo que hubiera mortificado a Colleen. Si bien a Heather el señor Ramsey le había inspirado desdén de inmediato, la idea de decepcionar a Lillian le resultaba extrañamente alarmante—. A veces Colleen y yo solíamos pasar la tarde juntas, tomando té y hablando de cosas de ancianas.

Heather asintió, aunque le resultaba raro pensar en su madre como una “anciana”.

—¿Qué impresión le dio? Quiero decir, en el último mes. —La pregunta pareció desconcertar a Lillian, de modo que Heather descruzó los brazos y trató de parecer más relajada—. No la veía tanto como hubiera debido hacerlo. Todo esto me ha impactado mucho.

—Tu madre era una mujer fuerte. Sorprendentemente fuerte. Pero es algo generacional, ¿sabes? La gente de mi edad, bueno, no hablamos sobre nuestros sentimientos. —Esbozó una sonrisita—. No es algo que solamos hacer, y lo cierto es que si Colleen no estaba bien, yo no me enteré de nada.

Heather pensó en la bola de papel sobre el tocador y la expresión apenada del agente de policía cuando le entregó el anillo de boda de su madre.

—Entonces, ¿nada de lo que decía le resultaba extraño? ¿No notó ningún comportamiento raro?

—Cielos... —Bajó la mirada como si Heather acabara de decir una palabrota delante del párroco—. Colleen mencionó que eras periodista, pero...

—Disculpe, no... —Heather apartó la mirada, esbozando una media sonrisa. “Soy incapaz de tener una conversación banal. Seguro que a mamá eso le hubiera resultado gracioso”—. ¿Puedo ofrecerle una taza de té?

—No, gracias, querida. —Hizo un gesto con la mano en dirección a Heather—. Lo que menos quiero es entrometerme en este momento. Solo quería dejar la comida y conocerte. Colleen hablaba de ti todo el tiempo, ¿sabes?

—¿En serio? —Heather volvió a sonreír, pero esta vez con esfuerzo—. No nos llevábamos siempre bien, la verdad. Fui una chica muy difícil, como seguramente le habrá contado.

—No, en absoluto. —Se quitó una pelusa de la manga—. Solo tenía elogios para su niña preferida.

Heather tuvo la repentina impresión de que Lillian mentía, pero asintió de todos modos. La mujer se dispuso a marcharse y le apretó suavemente el brazo al pasar.

—Si necesitas algo, querida, avísame. Como te dije, estoy muy cerca y con mucho gusto puedo cocinar o hasta lavarte la ropa si te sientes abrumada... —Heather la siguió por el pasillo como una colegiala descarriada; tenía la sospecha de que a menudo la gente seguía a Lillian así, arrastrada por su estela.

—¡Ah, pero mira eso! —La mujer se había detenido junto a la consola del vestíbulo, donde Colleen solía amontonar la correspondencia y dejar las llaves todos los días. Había una fotografía enmarcada de Heather que la mostraba de adolescente, sentada sobre la cama de su antigua habitación. Alta y desgarbada, con el cabello oscuro sobre los ojos, sostenía un diploma al mérito que le habían dado en la escuela por un ensayo o un cuento corto, ya no lo recordaba.

Al ver la fotografía, Heather volvió a sentir la opresión en el pecho; había sido tomada unas semanas antes de que su padre muriera y las cosas entre su madre y ella comenzaran a deteriorarse.

—Es la fotografía tuya que más me gusta —dijo Lillian, y sonó complacida por motivos que Heather no podía adivinar—. ¿No es encantadora?

Heather abrió la boca, sin saber qué responder. En la foto estaba vestida con una camiseta negra de *The X-Files* que le quedaba enorme y tenía una expresión malhumorada. No tenía ni idea de por qué su madre la había enmarcado, y mucho menos qué le veía de encantadora esta desconocida.

—Bueno, me voy entonces. —La mujer ya estaba afuera y su calzado blanco hacía crujir la grava—. Recuerda, querida, si necesitas algo, me avisas.

Heather recogió la correspondencia de la alfombra del vestíbulo y la dejó caer sobre la encimera de la cocina. Muchos folletos satinados, algunas facturas, varios menús de comida para llevar. Con un gesto de concentración, separó lo que necesitaría resolver y luego arrojó el resto al cubo de la basura. Algo en el fondo del recipiente se había podrido —un resto de comida, probablemente, de la última cena de su madre— y el repentino olor a carne putrefacta le revolvió el estómago. Sintiendo descompuesta, se dirigió a la puerta trasera, segura de que el aire fresco la haría sentirse mejor.

Los altos árboles de hojas perennes ocultaban la vista de los vecinos. Cuando era niña —cuando vivía allí, cuando se enredaba en las piernas de su madre—, los árboles eran más bajos, incluso más acogedores. Entonces ensombrecían el jardín, ocultaban a Heather y mantenían el mundo exterior fuera. Junto a la puerta trasera había un pequeño cuadrado de hormigón con dos sillas de hierro, una mesita y otra maceta de arcilla que solamente contenía tierra. *Vacía*. Con el aire fresco se sintió mejor. Se preguntó por qué se habría puesto a vagar por la casa, recorriendo habitaciones y contemplando fotografías. Revisando el tocador. “Porque me estoy cerciorando de que ya no está aquí”, pensó e hizo una mueca. “Una parte de mí todavía cree que la encontrará en el baño, limpiando el retrete, o en la sala de estar, viendo la televisión. Estoy viendo si hay fantasmas”.

—Me cago en todo. —Respiró hondo y esperó a que las náuseas retrocedieran—. Qué desastre, mamá. En serio.

Su mente volvió a la página arrugada y pensó en el estado mental de su madre en los días antes de que se quitara la vida. ¿En qué habría estado pensando? Era difícil imaginar a su madre —una mujer con sentimientos cuasi religiosos sobre la utilización de posavasos y marcapáginas— arrancando una página de un libro, y ni qué decir de hacer una bola con ella, como si fuese basura. Pero allí estaba el oscuro meollo de todo, la aterradora verdad a la que Heather no quería mirar de frente: su madre no había estado en su sano juicio. Algo había sucedido que le había quitado la razón; un desconocido cruel y mortífero había tomado residencia dentro de la cabeza de su madre.

—Nada de esto tiene sentido para mí. Nada.

Muy poco tiempo después de llamarla para que se hiciera cargo del cuerpo de su madre, la policía la había puesto en contacto con un terapeuta, que había sido muy amable y había pasado mucho tiempo hablando sobre el estado de shock,

sobre cómo las personas con depresión severa podían ser muy hábiles ocultándola, aun de sus seres más queridos. Heather había escuchado con paciencia, asintiendo, aturdida; aunque comprendía perfectamente bien lo que le explicaba, le había resultado... raro. Los viejos instintos habían comenzado a despertarse, los que le decían cuándo una historia era disparatada y cuándo era veraz.

—No seas ridícula —se dijo escuchando lo fría y débil que sonaba su voz—. Estás paranoica.

Afuera, en la calle delante de la casa, alguien hizo sonar el claxon y Heather dio un respingo. Lágrimas calientes le corrían por las mejillas y se las limpió, molesta, con el dorso de la mano. Después de un instante, sacó el teléfono de su bolsillo y vio que una notificación de mensaje de texto le hacía guiños.

Hola, cuánto tiempo. Oí que estás de vuelta por Balesford. ¿Quieres que nos veamos? Sentí mucho lo de tu madre, espero que estés bien. xxx

Nikki Appiah. Heather paseó la mirada por los árboles oscuros preguntándose si los vecinos estarían observando e informando sobre ella de algún modo, desde detrás de sus cortinas de tul. Sorbió y parpadeó rápidamente para despejar los ojos antes de escribir una respuesta.

¿Estás de centinela del vecindario o qué? Sí, estoy de vuelta por un tiempo. ¿Estás por aquí? ¿Vamos al Spoons? Necesito una copa.

Hizo una pausa y luego agregó un emoticono con rostro verdoso de vómito.

La respuesta de Nikki apareció casi de inmediato.

Son las once de la mañana, Hev. Pero sí, encontrémosnos en el centro. Ha pasado demasiado tiempo y me gustaría verte la cara (aun si está verdosa). ¿Nos vemos en una hora? xxx

Guardó el teléfono. Se estaba poniendo más oscuro y el aire comenzaba a oler a minerales: la lluvia llegaría pronto y era mejor alejarse de allí. Una ráfaga de viento agitó los arbustos y, por un instante, a Heather le pareció que había demasiado movimiento allí, como si algo estuviera moviéndose con el viento, para ocultar sus pasos. Escudriñó las sombras, tratando de divisar una figura, luego regresó a la puerta trasera, convenciéndose de que su imaginación buscaba cosas de las que asustarse. La casa seguía pareciéndole vacía y desconocida, una cajita de mundanidad.

—¿Qué estabas pensando, mamá?

Su propia voz le sonaba triste y desconocida, de modo que se secó las últimas lágrimas de la mejilla y atravesó la casa para salir hacia el coche de alquiler.